

Carlos Montemayor y la literatura indígena

Cara íntima de México

Alfonso González

La comprensión de las culturas originarias de México ha recorrido múltiples etapas: desde los primeros conquistadores hasta nuestros días, pasando por las novelas románticas del siglo XIX y XX, que idealizaban a los pueblos nativos sin comprenderlos. La culminación de este proceso, nos dice Alfonso González en este ensayo, vino con la labor del poeta y novelista Carlos Montemayor, principal impulsor del renacimiento de la literatura en lenguas indígenas.

El interés por los naturales mexicanos existe desde los primeros años de la llegada de los españoles. Ya fuera para burla y sátira o para defensa y elogio, los escritores españoles y novohispanos hablaron de ellos y su cultura. En el siglo XVI, colonos como Mateo Rosas de Oquendo escribieron poemas satíricos sobre los indígenas, mientras que historiadores como fray Bernardino de Sahagún trataron de explicar la avanzada civilización que hallaron en América. Por otra parte, un siglo después, sor Juana Inés de la Cruz escribió lo que podría llamarse defensa de algunas de las antiguas creencias religiosas cuando afirmó que “El Señor de las Semillas” de los antiguos aztecas tenía las mismas ideas y objetivos que Jesús Cristo.

Durante el periodo romántico y adhiriéndose a la idea del Noble Salvaje, novelas como *Xicoténcatl*, publicada en Philadelphia en 1824 por un exiliado mexicano anónimo, y *Los mártires del Anáhuac* de Eligio Ancona (1870) alaban el valor y la audacia de los jefes indígenas que lucharon con todo contra los invasores españoles y per-

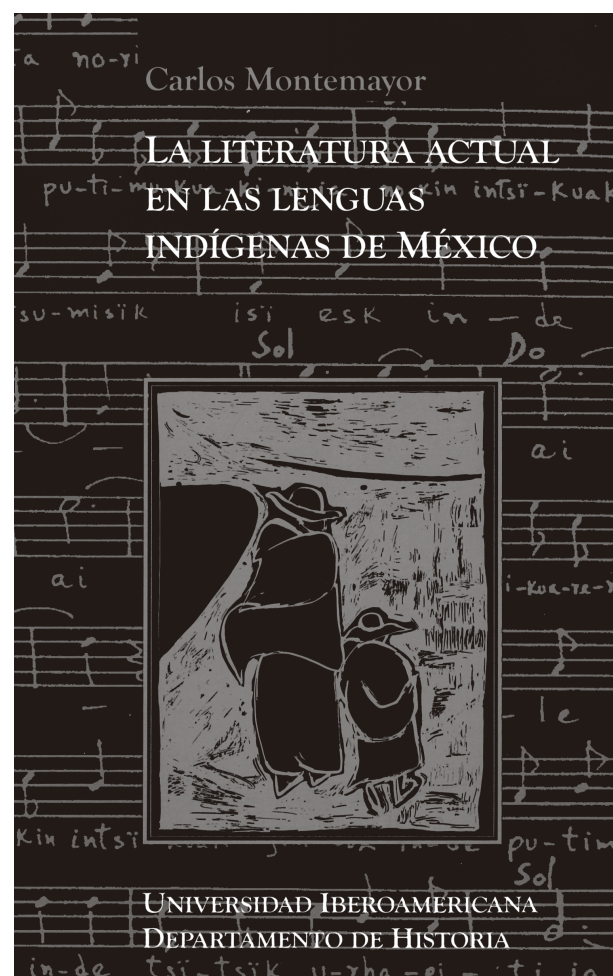
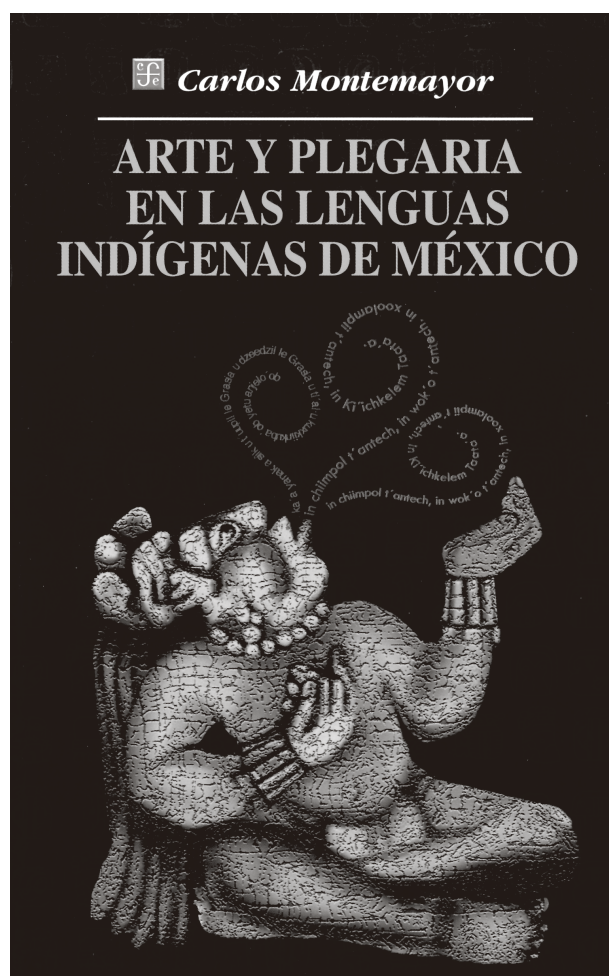
dieron la vida. En la novela indigenista de la década de 1930 aparece una nueva conciencia social en obras como *El indio* de Gregorio López y Fuentes. Aquí el escritor trata de interpolar la historia oficial de la civilización azteca con los abusos reales o supuestos de los indígenas de los treinta. Como en la mayoría de las novelas de esa época que tratan este tema, el narrador protesta violentamente por los abusos, pero en realidad desconoce cómo esta población vive y habla. La novela divide a los personajes en buenos y malos. Los naturales mexicanos son buenos y los otros mexicanos son malos. A pesar de sus buenas intenciones, la novela no convence al lector de la autenticidad de los personajes o de su protesta. A pesar de que la literatura indígena se empezó a escribir desde poco después de la Conquista de México habría que esperar hasta finales del siglo XX para hallar un renacimiento de la misma.

Con el advenimiento de la sociología y la antropología, el lector empieza a vislumbrar al auténtico indígena mexicano: un ser humano como cualquier otro con

una cultura y actitud diferentes a partir de mediados del siglo pasado. Y no es sino hasta finales del siglo xx que empieza un renacer de la literatura indígena en lengua autóctona gracias en gran parte a los esfuerzos de Carlos Montemayor. Escritores como Miguel N. Lira en *Donde crecen los tepozanes* (1947); Ricardo Pozas en *Juan Pérez Jolote: biografía de un tzotzil* (1952) y *Los hombres verdaderos* (1959) de Carlo Antonio Castro presentan una imagen diferente de los naturales. Los personajes de estas novelas son diferentes porque viven en un mundo en el que su cultura y religión no son las del ciudadano medio mexicano. La novela de Lira toma lugar en la ciudad de Tlaxcala, mientras que la de Castro enfatiza la vida de los tzotziles, quienes se ven a sí mismos como “Los hombres verdaderos”. Son los verdaderos hombres porque han sobrevivido a pesar de haber sido despojados de sus mejores tierras y forzados a vivir rodeados de peligros en una selva infestada de jabalíes, jaguares salvajes y serpientes venenosas; porque han sobrevivido a pesar de ignorar la lengua y la cultura de la etnia dominante. La novela de Pozas narra en primera persona la biografía de un natural mexicano llamado Juan Pérez Jolote. La novela tiene un glosario al final en el cual el escritor confirma, niega o simplemente comenta lo dicho por el tzotzil. Estas dos últimas novelas tratan de los indígenas de Chiapas y nos enteramos de la infancia y las costumbres sociales de este grupo étnico.

En ambas se vislumbra un rayo de esperanza en el efecto que tendrán las nuevas escuelas con maestros bilingües y en el aprender la lengua, cultura e historia dominantes para así defenderse mejor de ellas.

A pesar de que los personajes parecen más reales en estas novelas porque viven en sus propias comunidades de acuerdo con sus costumbres y religión —una mezcla de las creencias prehispánicas y católicas—, no es sino hasta finales de los años cincuenta y principios de los sesenta con los cuentos y novelas de Rosario Castellanos (1925-1974) que podemos apreciar una visión convincente del indígena mexicano: ignorante del mundo fuera de su comunidad, víctima de la explotación y, como cualquier otro ser humano, lleno de vicios y virtudes. Su libro de cuentos, *Ciudad Real* (1960), versa sobre la vida de los tzotziles de Chiapas, al igual que sus dos novelas *Balún Canán* (1957) y *Oficio de tinieblas* (1962). *Ciudad Real* se refiere a San Cristóbal de las Casas. Rosario Castellanos nació en Comitán, donde aprendió el tzotzil y la cultura y creencias de este pueblo. Escribió relatos poéticos, intensos y convincentes sobre las vidas de los indígenas. Para subrayar la importancia de esta escritora que concientizó a sus lectores acerca de estos “otros” mexicanos y sus carencias, comentaré acerca de *Ciudad Real* su valor artístico y su contribución a fortalecer los primeros intentos del gobierno de incorporar a estos mexicanos a la estructura social nacional.





Carlos Montemayor

El primer cuento en esta colección, “La muerte del tigre”, es una alegoría de la historia de los tzotziles. Cuenta cómo el tigre (jaguar) fue en un tiempo fuerte, temido y próspero hasta la llegada de los españoles que lo sometieron. Lo hirieron, lo hicieron a un lado y le robaron sus tierras. Ahora el tigre está muerto y sus descendientes viven en la pobreza, la ignorancia y la injusticia. El tigre, desde luego, es una metáfora de los “bolometric”, antecesores de los tzotziles.

Un tema central en esta colección es la profunda ignorancia y temor de los indígenas y no indígenas que viven uno al lado del otro y dependen entre sí para su sobrevivencia. Salvo unas cuantas palabras necesarias para realizar transacciones económicas, no se pueden comunicar mutuamente. “La tregua” es un relato espeluznante de las consecuencias de no entenderse mutuamente. Después de llenar un cántaro de agua fresca, Rominka Pérez Taquibet, una mujer tzotzil, tropieza repentinamente con un malherido caxlán o no indígena. Está sucio, enlodado y apenas si puede mantenerse erecto o caminar. La sorprendida mujer le pregunta quién es y qué hace por estos lugares. El caxlán no le entiende y la hace a un lado. Dice algo que la mujer no entiende y ésta se atemoriza. Piensa que es un *pukuj*, o espíritu del mal, que ha venido a causar algún daño a su gente. Llama a los hombres de su comunidad, quienes llegan armados con palos y piedras y lo matan. Debido a la falta de comunicación, ésta ha sido una oportunidad perdida para una tregua entre las dos culturas, una oportunidad de ayudarse y entenderse mutuamente. Ni el caxlán ni Rominka conocen la lengua, las costumbres y los temores de sus vecinos.

“La cuarta vigilia” es el relato de una anciana caxlana que vive sola y le pide a un indígena que le ayude a excavar un agujero al lado de un árbol para enterrar un baúl que contiene lo que ella cree es un tesoro. Cuando el indígena ha terminado el trabajo y está rellenando el agujero, la anciana le pega en la cabeza, lo mata y lo entierra junto con el tesoro. Por un momento piensa que el espíritu del indígena puede aparecersele para pedirle cuentas, pero llega a la conclusión de que el espíritu de un indígena no puede aparecer porque no perteneció a un ser racional.

Ésta no es, desde luego, la primera vez que los indígenas escriben. Una de las primeras ocasiones que los naturales escribieron fue poco después de la Conquista española en 1521. Bajo la dirección de los monjes que les enseñaron español, latín y catolicismo, escribieron relatos y testimoniales de la Conquista española. Miguel León-Portilla los recogió en un volumen, *Visión de los vencidos*, en 1962. Se trata de una serie de relatos de los aztecas que lucharon y sufrieron el sitio y la brutalidad de los invasores españoles en 1521. Estas narraciones presentan una visión diametralmente opuesta a la de Hernán Cortés o Bernal Díaz del Castillo. Para comprender la historia de la Conquista de México el lector debe leer tanto estos relatos como los de los españoles.

Afortunadamente la mayoría de las sesenta y dos lenguas y culturas indígenas de México han sobrevivido hasta nuestros días gracias a: 1) la tenacidad con la que los naturales han mantenido sus tradiciones y cultura; 2) la tradición oral de narrar los sucesos; 3) el trabajo de organizaciones religiosas y académicas; y 4) los programas de subsidios del gobierno de México. El trabajo de escritores como Rosario Castellanos y otros que escri-

bieron sobre la vida, cultura y lenguaje de los naturales a mediados del siglo xx subrayaron la existencia de estos grupos marginados. Por esos años las organizaciones religiosas y académicas empezaron a estudiarlos y evangelizarlos. El gobierno implementó el Programa de Lenguas y Literaturas Indígenas en 1993 y se publicaron dos colecciones importantes en ediciones bilingües: Letras Indígenas Contemporáneas y Lenguas de México. Para promover y reconocer la producción literaria en lengua indígena se creó el Premio Nezahualcóyotl de literatura en lenguas indígenas para nuevos escritores.

El principal impulsor a este renacimiento de literatura en lenguas indígenas fue Carlos Montemayor. Publicó en México tres volúmenes bilingües de literatura: narrativa, poesía y teatro. Junto con Donald Frischmann los publicó en edición trilingüe: inglés, lenguas indígenas y español en 2004 y 2005. Estos volúmenes recogen la obra de escritores en trece lenguas indígenas: “náhuatl, maya, tzotzil, tzeltal, tojolabal, chontal de Tabasco, purépecha, zapoteco de la sierra, zapoteco del Istmo, mazateco, ñahñu, totonaco y huichol”.

Montemayor empezó esta labor en los primeros años de 1980 con el subsidio del gobierno. En un artículo publicado en Cataluña y en lengua inglesa nos dice:

Trece años de trabajo con diferentes escritores indígenas me han llevado a la conclusión que para entender las lenguas de México es necesario buscar el orden natural de forma y cadencia de los lenguajes en sí y hacer a un lado las suposiciones que han condicionado la poesía y la literatura en las lenguas modernas occidentales. Se trata de un alto orden estético, más complejo, con un mayor nú-

mero de valores “sonantes”, con modelos milenarios que todavía viven en el discurso ceremonial, en conjuntos de salmos, en oraciones religiosas, canciones y algunos relatos. Es a partir de estos modelos de composición que los escritores indígenas actuales están construyendo una nueva fase en la literatura mexicana.¹

Quizás el resultado más significativo de estas publicaciones y esfuerzos para subrayar la población multilingüe de México es que los sentimientos más profundos, necesidades y cosmovisiones de la población indígena de México se expresan hoy en día por naturales y en su propio idioma y en traducciones a las lenguas europeas modernas. Durante gran parte de los últimos quinientos años los escritores no indígenas han satirizado, elogiado, defendido y definido a los nativos mexicanos. Según Carlos Montemayor, “con estos escritores tenemos la posibilidad de descubrir por primera vez, a través de los representantes de estos grupos indígenas, la cara íntima y profunda de un México que aún nos es desconocido” (V. 14). El interés en las literaturas indígenas mexicanas ha crecido mucho desde entonces. En la actualidad hay numerosos simposios y congresos dedicados exclusivamente al renacimiento de la literatura indígena en los albores del siglo XXI. Podemos sólo esperar que este renacimiento continúe y que los países americanos puedan aprender a ser y a funcionar como sociedades multilingües. **U**

¹ Carlos Montemayor, “Mexican Literature Beyond The Spanish Language”, *Revista Literatures*, Associació D'Escriptors en Llengua Catalana, 1998.

